

que hacían sobre ella, acompañados de ruidosas carcajadas, de cánticos, de gritos imitando animales, de exclamaciones burlescas y de sonoros escupitajos; y por todas partes ardían las pajuelas y el papel para encender las pipas, ofreciendo por un momento el espectáculo de una verdadera iluminación en medio de la niebla.

Poco á poco fue alejándose el tumulto, y ya no se oyeron más que gritos y cantos en el pueblo, que al fin se apagaron en un silencio profundo.



VIII

En suma, la Varetti salió de la escuela bastante tranquila; su clase era menos mala de como se la había imaginado; había entre los escolares semblantes de gente honrada, que le parecían dispuestos á tener á raya á los revoltosos; y sobre todo le daba ánimos la imagen de aquel Perotti, sobre cuya cara bonachona casi había advertido una promesa de protección paternal. Pidióle noticias sobre él á Galvallo, á quien encontró en la escalera, y le dió excelentes informes.

Era buen obrero y óptimo padre de familia, que trabajaba de carpintero antes de entrar en la tenería, y había hecho dos ó tres muebles bastante bonitos para el museo pedagógico que el maestro se proponía ir organizando. Tenían tanto deseo de instruirse él y su hijo, que apenas salían de la tenería se iban á la escuela sin comer, se estaban diez horas en ayunas; y el chiquitín, que

había seguido la enseñanza elemental, todavía después de cenar corregía los trabajos de su padre.

—Ya irá usted viendo — terminó Gavallero, — cómo se marcha bien con la gente del pueblo. Por lo demás si siguen los desórdenes, mándeme usted á llamar por el portero, no tengo más que asomarme á la puerta para que todos estén en su puesto.

La maestra volvió á presentarse, pues, en la escuela, y si bien turbada por el temor que *Saltuventanas* le inspiraba siempre, pudo mantenerse con mayor serenidad que tres días antes. Pero por desgracia, bien pronto advirtió que los muchachos si bien ya no les distraía la curiosidad que había despertado en ellos el primer día, habían adivinado su índole tímida y no parecían dispuestos á estar con orden como la noche pasada. Oíanse risotadas mal reprimidas, y comprendió que alguno estaba haciendo gestos inconvenientes á sus espaldas, mientras estaba escribiendo sílabas en el encerado. Los muchachos comenzaban á hablar fuerte; algunos se dormían; uno se puso á roncar y tuvo que despertarle. Dos ó tres veces se vió obligada á interrumpir la lección, fatigada, y esperando que los mayores, incomodados por las distrac-

ciones, impusieran silencio. Maggia, el pequeño sobre todos, distraía á los que tenía cerca con una gimnasia continua de pies y manos por debajo del banco, y cuando le miraba, se quedaba él con los ojos fijos en ella con una expresión de fingido estupor, tan impertinente, que le hacía volver la cabeza hacia otro lado.

Todos se callaron cuando terminada la lectura de la sección primera, vieron á *Saltuventanas* salir de su banco con el cuaderno en la mano y subir á la plataforma en demanda de explicaciones sobre su trabajo.

La maestra temblaba, sobrecogida por aquel acto de audacia.

El joven se acercó á ella perfectamente tranquilo, simulando una gran seriedad y poniéndole delante el cuaderno abierto, le hizo una pregunta respecto á una frase.

Venciendo la gran repugnancia que sentía para acercar su cabeza á la suya, temblando, y como apretándose contra sí misma para evitar su contacto, inclinó su cabeza sobre el cuaderno y leyó los primeros renglones de la composición: una carta á una hermana.

De pronto, movida por un desprecio más rápido que todo temor, cogió el papel con

las dos manos, le hizo pedazos y rechazó el cuaderno.

Había leído el principio de una declaración amorosa.

El joven recogió su cuaderno y volvió á su sitio, con la cabeza baja, sonriendo siniestramente. La maestra se quedó un momento blanca como el papel. Luego, con gran trabajo, reanudó la lección.

Aquel misterioso suceso, comentado primeramente por un vivo murmullo, sirvió para mantener á los escolares en un breve silencio de curiosidad y de espectación. Pero ya al final de la clase, y cuando la maestra se puso de espaldas para escribir las sílabas en la pizarra, la asustó el golpe de una gran bola de papel mascado que fué á dar precisamente en medio de la pizarra y cayó á sus pies.

Se volvió rápida y con la cara encendida para buscar al culpable, que no podía ser Muro, puesto que la bola había venido del centro de la clase.

Miró á Maggia, el pequeño; tenía una cara impasible. Miró á los demás muchachos; todos parecían estatuas.

—¿Quién ha sido?—preguntó con voz conmovida.

Nadie respondió.

En vano buscó la cara de los tres ó cuatro hombres de edad, á quienes creía dispuestos á protegerla; entre otros, á Perotti; todos bajaron la cabeza. Entonces, desanimada, hizo un esfuerzo para tragarse las lágrimas y continuó la lección.

Aquella nueva afrenta que le habían inferido en presencia de todos, la apuraba más que la otra, que, sin embargo, la había ofendido más en lo hondo como mujer; y su visible conmoción produjo en los alumnos una cierta reserva, menos en Maggia pequeño, que por dos ó tres veces trató de hacer reír á la clase. Los mayores le chichearon indignados. Triste siguió la maestra su trabajo, haciendo leer sin volver á mirar á Muro hasta el final de la clase. Los ojos con que la miró en aquel punto, le revolvieron la sangre, no era ya la mirada entre curiosa y cínica de la primera noche: era una mirada fría y penetrante, que despedía fulgores por entre los párpados entreabiertos, y en la cual se leía el orgullo ofendido, un propósito resuelto de venganza, una abierta amenaza.

Vióse ya en aquel mismo momento asaltada, golpeada, herida, tendida sobre la nieve,

y sintió que por el costado corría caliente su sangre; sus piernas temblaban como si la acometiera la fiebre.

Á la salida vió que muchos alumnos se agolpaban en el corredor en derredor de Muroi para preguntarle que les revelara el secreto. Uno de los últimos que salieron fué Perotti.

La maestra lo llamó.

Se acercó aquél en actitud respetuosa y con el sombrero en la mano.

—Ha visto usted—le dijo la maestra con voz trémula todavía—la afrenta que me han hecho cuando estaba en la pizarra. Si no castigo al culpable, será peor. ¿Por qué no me dice usted quién ha sido, usted que es un hombre de bien?

Perotti bajó la cabeza, algo avergonzado, sin responder.

—¿Por qué no me denuncia usted al culpable?—repitió la maestra.

—Eh, querida señora—respondió francamente el obrero,—por no encontrarme con una puñalada.

La maestra hizo un movimiento de horror.

—¿Si no puede haber sido otro más que un muchacho!—dijo.

—Es cierto—replicó;—esos son precisamente peor que los grandes.

La maestra no añadió ni una palabra más, y Perotti se fué con la cabeza baja.



IX

La primera idea fué suspender las lecciones.

Se rehizo luego y prevaleció el sentimiento de la dignidad. Hubiera sido una vileza ceder tan pronto á la insolencia de la mínima parte, que era la peor, de la clase. Decidióse, pues, á persistir; y también á guardar en su interior todas sus angustias y sus miedos. La maestra Baroffi, sin embargo, le sacó la conversación en el almuerzo, quejándose de que sus alumnos adultos hubieran agujereado el fondo de los tinteros fijos en las mesas, de modo que á la mañana siguiente toda la tinta escurrió sobre los vestidos de las niñas. Entonces la Varetti le habló de sus temores. La Baroffi, sin embargo, siempre con la misma manía.

—¡Pero háblales! ¡Hazles un buen discurso, que les conmueva! Hasta que no te hasgas oír, no lograrás nada. ¿Quieres que te es-

criba yo algunas palabras, si te parece? Tu lema debe ser: *Sursum corda!* ¡Ah, si me encontrase en tu lugar! Yo les haría venir á besarme las manos como esclavos agradecidos. La palabra lo es todo.

La Varetti, sin embargo, no le dijo ni palabra sobre el hecho de Muroi; porque, después de todo, si bien la había ofendido, al menos la había sacado de una afanosa incertidumbre, revelándole el por qué había venido á la escuela; y el nuevo temor que ahora la asediaba, de una venganza del orgullo ofendido, siendo algo concreto y determinado, le angustiaba menos que el miedo misterioso de antes.

Vino la tercera lección y fué más borrascosa que la segunda. Pudo penetrarse desde los primeros momentos de que había una inteligencia para armar barullo, entre los peores muchachos de la clase. También el ademán de Muroi, parecióle cambiado desde el principio como de propósito. Veíasele en su puesto con un aire petulante, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, puesta una pierna sobre otra, mirando á la maestra con una mirada que iba sin detenerse desde la cara á los pies y desde los pies hacia arriba, acompañada de un balanceo de

cabeza y de una continua sonrisa, como para hacerle comprender el deseo sensual que le hacía acariciar así, con insolente ojo, toda su persona. Ella descubrió que había convenio entre él y el pequeño Maggia, á quien dirigía miradas para animarle á hacer impertinencias. Hizo todo lo que pudo sin embargo, antes de amonestar á nadie. Pero, sin quererlo, el socialista Lamagna suscitó el desorden.

Cuando un alumno de la derecha leyó en voz alta una proposición de *El Artesano italiano*, que decía:

—“El hombre de bien, aun cuando sea pobre, siempre está contento y siempre es bueno.”

Lamagna puso una cara irónica, y dijo bastante fuerte:

—¡Qué historias son éstas para que nos las vengán á contar á nosotros!

Y todos los muchachos se echaron á reír á coro.

No obstante todo esto, en cada interrupción ó trastada de los chicuelos, le daba nuevo valor el ver que la mayor parte de los hombres, especialmente los labradores y los pastores, daban muestras de sorpresa ó de reprobación, é imponían silencio á los per-

turbadores, y alguno de ellos, de semblante grave y honrado, manifestaba una pena sincera.

Esto dióle valor para amenazar á alguno con la expulsión perpetua. Su voz graciosa y trémula daba tan poca fuerza á aquellas amenazas, que nadie se dió por enterado. En un momento dado, habiendo interrumpido Maggia ruidosamente, se levantó aquella especie de bestia de su tío, rabioso como un jumento picado, y le enseñó su enorme puño cerrado y los ojos blancos; el temor que el puño le inspiraba no lo aquietó más que por un instante. Él, realmente no hacía nada para ser expulsado; la maestra jamás pudo cogerlo *in fraganti*. Con una variedad y rapidez maravillosa de gestos, muecas y ademanes excitaba y soliviantaba á los que estaban cerca y á los que estaban lejos, teniendo siempre tiempo para recomponer su cara tomando una expresión de burlesco temor cuando la maestra le miraba. Al final se promovió un escándalo. Habiendo llamado la maestra á *Saltaventanas* para que leyese, cuando concluyó su lectura y al sentarse en su puesto, dió una vuelta sobre sí, volviéndole la espalda.

Como ella estaba con la cabeza inclinada

sobre el libro, no vió el movimiento, pero al oír una risotada de toda la turba de muchachos, sospechó la injuria y cambió de color.

Estallaron varias voces de indignación entre las cuales se oyó con distinción la de Perotti, que gritó:

—¡Es una vergüenza!

Muroni se volvió en redondo hacia él y le clavó sus dos ojos terribles. Después añadió entre dientes:

—¡Nos veremos luego!

A la maestra se le heló la sangre; vió ya la navaja por los aires, todo se le oscureció, y no tuvo fuerza para decir nada.

La espectación de una contienda tuvo á la clase en silencio.

Hubiese querido, la pobre muchacha, que la lección no concluyese nunca. Llegada la hora, aún tuvo fuerza para poder decir con un hilo de voz:

—Salgan en silencio, se lo suplico, y váyanse en seguida á casa; no me den disgustos.

Saltaventanas esperó á Perotti en el camino, delante de la escuela. Temblando como una hoja, la maestra se puso á mirar por el ventanillo de la puerta, después de haber exortado inútilmente al portero para que fue-

ra á contenerlos: decía éste que ya acudiría cuando vinieran á las manos; y no se movía de detrás de ella. Vió que los alumnos se colocaban en círculo como para presenciar una lucha. Perotti y Muroni llegaron uno frente á otro, á la luz del farol, con las caras muy levantadas, hasta tocarse casi. En el silencio de la noche oyó sus voces:

—¡Vuelve á decir lo que has dicho!— dijo Muroni.

Oyóse en aquel momento la voz llorosa del hijo de Perotti que suplicaba á su padre que se fueran y parecía que se esforzaba por sacarlo de allí.

La maestra sintió que un sudor frío bañaba su frente.

Á las pocas palabras de Perotti, comprendió que éste se batía en retirada. Le oyó decir confusamente:

—Entre camaradas... no vale la pena... cuando uno dice su manera de sentir...

Toda la granjería lanzó un ¡ah! prolongado con el cual se levanta acta de una retractación.

Muroni dijo alto entre el murmullo de todos:

—A mí nadie me hace advertencias.

Y continuó, sin que la maestra entendiese

lo que decía, en tono desdenoso, silbando casi las palabras. La voz de Perotti respondió más blanda que antes... La riña no seguía adelante. Los dos contendientes y la multitud comenzaron á moverse.

La maestra respiró, pero comprendiendo bien, que no había esperanza de encontrar ya ningún protector valeroso que hiciera frente á quien la insultara.



X

Ahora bien, ¿cómo podía volver á dar clase sin restablecer antes la disciplina? ¿Y cómo restablecerla? Pensó en pedir auxilio á Galvallo; pero le conocía bien: la exortaría para que siguiera teniendo paciencia, repitiéndole la promesa de *dejarse ver* cuando las cosas hubieren ido más allá. Podía acudir al inspector, al caballero Sanis, propietario de la gran fábrica de herramientas; pero era un bendito hombre á quien no era posible encontrar; siempre estaba en Turín cuando se le buscaba en San Antonio, y viceversa; además de que se había hecho una ley muy cómoda para su uso: no mezclarse con los operarios fuera de la fábrica para nada. La maestra hallábase en esta incertidumbre la noche después, cuando vinieron á pedirle que fuera al pueblo para visitar á uno de sus alumnos pequeños que estaba gravemente enfermo.

No se trataba más que de recorrer el camino de la Iglesia y andar otros cinco pasos más por el pueblo: aún era de día y nada podía temer por parte de Muro; se fué á escape. Sin embargo, entretúvose en la casa del enfermo más de lo que ella esperaba y cuando salió oscurecía. Tuvo la idea de buscar á alguien que la acompañase, le dió vergüenza y temió que se rieran de ella. Echó á andar, pues, á paso largo. Al principiar el camino, viendo que no había nadie, se detuvo; y luego reanudó su marcha por un senderillo abierto en la nieve helada, volviendo su mirada recelosa á derecha é izquierda. Jamás le había parecido tan largo el camino, creía no llegar nunca al fin, donde había un asiento de piedra. Apenas hubo llegado, vió que salía un hombre de detrás del tronco de uno de los grandes árboles de la izquierda, y se plantaba delante de ella á cinco pasos de distancia. Un intenso escalofrío penetró todo su cuerpo. Había reconocido á *Saltaventanas*.

Se quedó como paralizada.

Él dió un paso adelante; ella, clavada en el suelo, no pudo moverse.

El joven le preguntó con bronca y baja voz:

—¿Por qué rasgó usted mi cuaderno?

La maestra no contestó nada.

—Nunca se hace semejante desaire á un hombre,—añadió él.

Nada pudo ella replicar; temblaba de pies á cabeza.

—Podría yo hacérselo sentir,—repuso él.

Tan violento era su temblor que el joven lo advirtió.

—¿Por qué siente tanto miedo?...—le preguntó, mirando en derredor.—No hay nadie... Déme un beso...

Y alargó su mano.

La maestra rompió á llorar.

Y precisamente en aquel momento una sombra surgía en el fondo del camino.

—Lo he dicho solamente por broma,—dijo *Saltaventanas*.

Y luego añadió con acento de amenaza:

—¡Ni una palabra!...

La maestra se encaminó con pasos precipitados hacia la escuela.

